

ma. Los hábitos son por lo tanto el revertir del *esse* a la esencia, *del actuar a configuración*, estableciendo el dinamismo de crecimiento ontológico de la criatura» (p. 291).

Se entiende que los hábitos perfeccionen a la esencia y a las potencias, si se los concibe como superiores a ellas, es decir, si se los sitúa en el orden del *esse*. Así Haya consigue dar una explicación nueva y satisfactoria del perfeccionamiento humano:

«[...] el hábito explica el revertir sobre la esencia de las operaciones que, con referencia a los distintos objetos, proceden de la misma esencia humana. Pero una vez más: para que ese revertir tenga sentido, es preciso pensar una instancia superior al esencia. Esa instancia es el *ser* (p. 307).

Con los hábitos así entendidos, se «recobra» la actividad primera que se mantiene acompañando la actividad segunda; por eso son superiores a la operación y a la esencia. Se entiende así también que los hábitos perfeccionen o deterioren intrínsecamente a la esencia. Por eso, la esencia no es un principio «fijo» de operaciones, ya que está abierta a esas modificaciones que son los hábitos (cfr. pp. 311-312).

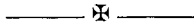
Valoración conclusiva.

El estudio de Fernando Haya indica nuevos caminos para la fundamentación metafísica de la antropología; aporta líneas de solución para afrontar problemáticas planteadas tanto por la filosofía existencial como desde la aproximación fenomenológica; y ofrece sugerencias para profundizar en cuestiones no resueltas hasta ahora por la antropología clásica. Sus planteamientos contribuyen a la superación de las aporías a que conducía una visión estaticista-sustancialista de la persona, que no llegaba a captar su original dinamismo; a la vez, superan los riesgos de una concepción errática de la libertad, expulsada de la casa común del ser.

Las propuestas de Haya resultan particularmente sugerentes para el esclarecimiento de la libertad radical, porque permiten el ascenso del ámbito del obrar al nuclear del ser, a la vez que iluminan los dinamismos que explican la particular incidencia de la actuación libre en la intimidad metafísica del sujeto personal.

Finalmente hay que destacar las luces que ofrece para la comprensión de la vida personal como entrega de sí: señalan perspectivas que invitan a profundizar en el sentido de esa donación, porque conducen al único Destinatario adecuado a la grandeza de tal don.

FRANCISCA R. QUIROGA



PRINCIPIOS DE PSICOLOGÍA PARA LA EDUCACIÓN

Siendo lo propio del pedagogo el conducir a una perfección, la psicología debería poder darle aquellos principios indispensables para la comprensión del hombre, de los

fenómenos psíquicos y de la conducta. El sentido del obrar humano es considerado por el fin. Para entender la dinámica humana es necesario saber a dónde se dirige y las leyes que lo guían a su fin. En el siglo XX presenciamos una proliferación de teorías psicológicas que se alejan mucho de la verdad del hombre y, por supuesto, no son medios adecuados para conducirlo a la perfección propia.

Siendo la psicología tan importante para la educación, quisiera hacer algunas reflexiones sobre temas centrales y ciertos autores que se ocuparon de su estudio.

1. *Criterios de normalidad psíquica*

Alfred Adler (1870-1937), fundador de la segunda escuela vienesa de psicoterapia, quien discrepó con Freud acerca de la causa de los trastornos psíquicos, intuyó con bastante exactitud las motivaciones profundas de las conductas patológicas. Muy bien pueden relacionarse algunos de estos principios de la psicología contemporánea a los que Adler llegó experimentalmente, con la doctrina de Santo Tomás y de la tradición de la Iglesia¹

El psiquiatra tomista Rudolf Allers (1883-1963), católico y discípulo de Adler, profundiza esta problemática sin descartar las verdades reveladas. Según este autor el hombre se encuentra frente al dilema de aceptar o rechazar la realidad; la aceptación franca y total es la del hombre normal, es decir la del santo. Normalidad y santidad son equivalentes.

La neurosis es el resultado de una rebelión, muchas veces mal consciente, contra la realidad y los valores. El neurótico reprocha a las cosas ser lo que son y no lo que él desearía que fueran; su actitud, en el fondo, es la del orgulloso que quiere ser como Dios e imponer sus propias leyes. El único que puede estar libre de este trastorno es el que es capaz de responder con un decidido *sí* a su puesto de creatura, aquel que podríamos decir que está realmente «ubicado»; y Allers dice así:

«[...] la salud anímica en sentido estricto no puede alentarse más que sobre el terreno de una vida santa, o por lo menos de una vida que tiende a la santidad»²

Aclaremos que para Rudolf Allers, la psicoterapia es planteada como una reeducación. Entonces la pregunta es: ¿cuál es el modelo de salud para poder curar o educar? ¿Cómo es el hombre ejemplar, perfectamente normal, que debemos tener como guía, y que fundamente la acción educativa?

El criterio de normalidad usado en la psicología contemporánea es cuestionable. En la mayoría de los casos, ha estudiado la enfermedad para deducir luego qué es la salud, y ha partido de la patología para concluir sobre la normalidad. Este método científico recibe una dura crítica del psiquiatra católico. Una montaña de escombros no puede decirnos cómo era la casa antes de derrumbarse, y es peor todavía cuando aseguramos, viendo esos trozos de ladrillos y vigas desparramados, que así es y debe ser una verdadera casa. No podemos saber cómo es el hombre estudiando a los criminales y los dementes. Esta manera de conocer la naturaleza humana podría nombrársela «la mirada desde lo bajo». Todo lo que es inferior parecería ser hoy lo más verdadero, lo más natural, lo más importante³.

¹ Cfr. M. F. ECHAVARRÍA, «La soberbia y la lujuria como patologías centrales de la psique en Alfred Adler y Santo Tomás de Aquino», en I. ANDEREGGEN & Z. SELIGMANN (Eds.), *La psicología ante la gracia* (Buenos Aires, EDUCA, 1997), pp. 39-160.

² R. ALLERS, *Naturaleza y educación del carácter* (Barcelona: Labor, 1950), p. 310.

³ R. ALLERS, «El amor y el instinto: Estudio psicológico», en I. ANDEREGGEN & Z. SELIGMANN, *La psicología ante la gracia*, pp. 301-337.

Tampoco sirve el criterio estadístico de normalidad en las ciencias humanas, —por otro lado, tan usado hoy en día—, y criticado no sólo por Rudolf Allers, sino también en la doctrina de S. S. Juan Pablo II⁴. En realidad, hay más posibilidades de conocer la naturaleza humana por el estudio de los héroes y los santos, pues dice Aristóteles que la virtud y el bueno son la medida de todas las cosas⁵.

Nos dice el Concilio Vaticano II, que Cristo el Verbo encarnado, es el hombre perfecto, donde se encuentra el ideal hacia el cual debe apuntar toda psicología que pretenda un verdadero conocimiento del hombre, de la normalidad psíquica, de la salud, y que desee dar principios que sirvan de fundamento a la educación. Es por esto que Santo Tomás, en la *Tercera parte* de la *Suma teológica*, habla de Cristo como ejemplo y maestro.

El objetivo de este trabajo es hacer una psicología (o al menos esbozar sólo algunos temas) mostrando la necesidad de que sea una «psicología desde lo alto». Esto significa presentar un modelo de personalidad y de salud mental que sirva de guía no sólo a la relación psicoterapéutica sino también al accionar educativo. Analizaré la dinámica del psiquismo en tanto se dirige a su fin perfectivo.

Mi deseo es que se trate toda la psicología desde los datos de la cristología. Porque Cristo es el hombre perfecto y absolutamente normal, al cual debemos referirnos si pretendemos dedicarnos al estudio de una verdadera ciencia. Nada de lo que es natural faltó a Jesucristo porque asumió una naturaleza perfecta, pues por medio de ella debía llevar a todo el género humano a la perfección.

Para entender esto es necesario ver las conveniencias de la encarnación. En primer lugar, existe una semejanza entre la persona del Hijo y todas las criaturas, porque el verbo, la concepción del artista, es la idea ejemplar de sus obras. Al respecto, dice Santo Tomás:

«Y así como por la participación de esta idea ejemplar se constituyen las criaturas en sus especies, aunque sometidas a la corrupción, de la misma suerte era oportuno que por la unión personal, y no meramente participativa, con el Verbo, la criatura fuera restituída en orden a una perfección eterna e inmutable; pues el artista repara las deficiencias que acaecen a la obra mediante la misma concepción ideal por la que se produjo esa obra»⁶.

2. El hombre racional y los contenidos del saber

Hay una conveniencia especial del Verbo con la naturaleza humana, ya que Él es la sabiduría eterna, de la cual deriva toda sabiduría humana. La perfección del ser racional se alcanza en el Verbo,

«[...] se realiza sólo en la medida en que participa del Verbo de Dios, al modo como el discípulo se instruye en la medida en que recibe la palabra del maestro, expresión de su verbo interior»⁷.

Cristo restaura al hombre como ser racional, en Él alcanza el hombre toda su perfección. Bien lejos de estos conceptos se encuentran muchas psicologías actuales y especialmente el psicoanálisis, donde se reviven los deseos y fantasías inconcientes, su-

⁴ Cfr. *Veritatis splendor*, n. 112

⁵ Cfr. *Ética a Nicómaco* V; y SANTO TOMÁS DE AQUINO, *In Primam epist. ad Cor.*, cap. 2, lect. 15., n. 118.

⁶ SANTO TOMÁS DE AQUINO, *Summ. theol.* III q. 3 a. 8c.

⁷ *Ibid.*

mergiendo al hombre en lo irracional de lo inconciente⁸ (lo demoníaco según Freud⁹), con el fin de concientizar el rechazo a Dios.

El hombre pecó por su deseo desordenado de saber y es por eso que sólo por medio del Verbo se reconstruye la verdadera sabiduría, el camino de conocimiento de las causas altísimas que se alcanza por la connaturalidad con las cosas divinas, que se da a través de la caridad.

En el alma de Cristo la luz de la ciencia divina o visión beatífica no ofuscó la de la ciencia humana, sino que, por el contrario, la iluminó y esclareció¹⁰. Cristo como hombre conoció a Dios perfectamente¹¹. La visión beatífica está en relación a la gracia y el sentido de la gracia en nosotros es «ser como Cristo». La operación sigue al ser y si el ser es perfecto, la operación es perfecta. El hombre está en potencia para alcanzar el conocimiento de los bienaventurados, o sea la visión de Dios, y se ordena a ella como a su fin. Tener en cuenta esto en la práctica educativa y psicoterapéutica es haber comprendido lo más esencial del educando y el único y verdadero fin de la educación. El sentido último de toda vida humana es la contemplación de Dios.

El modo de conocer por descubrimiento personal es más perfecto, y aquí vemos nuevamente a Cristo como ejemplar, pues en Él también se da la ciencia adquirida por propia invención. Por su naturaleza las facultades inferiores que pertenecen al apetito sensible están sometidas a la razón, y esto nos lo muestra Cristo al no existir en Él la inclinación al pecado y sí la perfección de la virtud. Viendo a Cristo y con su auxilio que aumenta la virtud, se debilita el *fomes* del pecado¹². También se dieron en Cristo las pasiones del alma —experimentó verdadero dolor, tristeza, temor—, pero en Él no perturbaban el recto uso de la razón, ni la sobrepasaba.¹³ La pasión y muerte consideradas en sí mismas fueron para Él motivo de tristeza, pero se hicieron voluntarias en vistas al fin que era la salvación de los hombres.

En nosotros las facultades se entorpecen mutuamente, de tal manera que cuando se actualiza intensamente una potencia, se debilita la de otra. En Cristo cada facultad podía realizar su operación propia, sin que una impidiera a la otra. La razón, por medio de la voluntad tenía un dominio perfecto sobre la sensibilidad. Aprendemos de Él a aceptar y asumir, con paciencia, todos los sufrimientos de la vida, pero no por sí mismos, sino por un bien superior. También Él los soportó¹⁴, y lo hizo con la voluntad de ofrecerse por los demás, pues sólo la satisfacción que procede de la caridad es eficaz.

El magisterio de la naturaleza humana de Cristo nos enseña claramente la necesidad de ordenar los apetitos inferiores a la razón, y la razón a Dios. Así es la personalidad normal y ordenada que debería estudiar la psicología general.

En corrientes actuales psicológicas o pedagógicas hay una apariencia de perfección de algunas potencias, sucedáneas de un desorden más profundo donde se anula la genuina dinamicidad del hombre.

⁸ S. FREUD, *Esquema del psicoanálisis* (Buenos Aires, 1971), p. 91: «El núcleo de nuestra esencia está formada por el oscuro ello, que no se comunica directamente con el mundo exterior ni es accesible a nuestro conocimiento por medio de ninguna otra instancia».

⁹ S. FREUD, *Más allá del principio de placer* (Buenos Aires, 1999), p. 36: «[...] cabe suponer que la oscura angustia de los no familiarizados con el análisis, que temen despertar algo que en su opinión sería mejor dejar dormido, es en el fondo miedo a la emergencia de esta compulsión demoníaca». Este término vuelve a aparecer en diferentes partes de su obra.

¹⁰ *Summ. theol.* III q. 9 a. 2c.

¹¹ *Ibid.*

¹² *Summ. theol.* III q. 15 a. 2c.

¹³ *Summ. theol.* III q. 15 aa. 5, 6 y 7; y *Summ. theol.* I q. 81 a. 3c: «De si las potencias irascible y concupiscible obedecen a la razón».

¹⁴ *Summ. theol.* III q. 14 a. 1c.

3. Las conductas normales y la dignidad del hombre

Viendo a Cristo, se le reconoce al hombre su verdadera dignidad,

«[...] porque la naturaleza humana, siendo racional e intelectual es capaz de alcanzar de algún modo al mismo Verbo por su operación, o sea, conociéndolo y amándolo»¹⁵.

Esta dignidad es desconocida en las psicologías actuales ya que, en una profunda desvalorización de la persona como imagen divina, se le niega su propio fin y por lo tanto su naturaleza y sus operaciones.

Cristo muestra al hombre el lugar prominente que ocupa entre las demás creaturas¹⁶ y lo exhorta a comportarse de acuerdo a esta dignidad a fin de que no se envilezca y esclavice. Este es un tema muy importante que debería retomar la psicología para solucionar una problemática frecuente hoy en día: el sentimiento de baja autoestima y sus consecuencias, graves en muchos casos, como los trastornos depresivos y otras conductas patológicas (drogadicción, alcoholismo, maltrato, violencia familiar, etc.).

Cristo se encarnó para movernos al bien obrar¹⁷ dándonos el más alto ejemplo de vida. Es necesario educar y proponer las conductas que Cristo nos enseñó como las únicas que conducen a la salud mental y revalorizan al hombre. En las virtudes se asienta la rectitud de la vida humana. Para esto hay que tener en cuenta la gracia y

«[...] siendo la gracia de Cristo perfectísima, es lógico que procedan de ella las virtudes para perfeccionar todas las potencias del alma y todos sus actos»¹⁸.

En este sentido no sólo es modelo y ejemplo de vida, sino principalmente maestro interior¹⁹. La gracia comunicada por Cristo ordena a obrar rectamente. La recta operación humana es la vida moral. Viendo a Cristo sabemos cómo se debe obrar normalmente; viendo a Cristo podemos saber cuál es el modelo de vida perfecta, porque Cristo es el centro de todo estudio que quiera hacerse sobre la salud mental.

Jesucristo no cometió ningún desorden en su conducta²⁰. Ciertamente asumió²¹ voluntariamente los defectos humanos para satisfacer por el pecado de otros; algunos de aquellos que son pena del pecado (hambre, sed, muerte)²². El mal de pena es efecto de la justicia divina y procura su gloria, pero por el contrario el mal de culpa consiste en apartarse del plan de Dios y de su orden, y éste de ninguna manera pudo darse en Cristo²³.

¹⁵ *Summ. theol.* III q. 4 a. 1c.

¹⁶ *Summ. theol.* III q. 1 a. 2c.

¹⁷ *Ibid.*

¹⁸ *Summ. theol.* III q. 7 a. 2c.

¹⁹ SAN AGUSTÍN, *Del maestro* XI a. 17: «Pero de todas las cosas que entendemos no consultamos la voz externa que nos habla, sino que consultamos la verdad interna que preside a la misma mente, amonestados a consultarlas tal vez por las palabras. El que es consultado, enseña: Cristo que se dice habita en el hombre interior, Cristo, es decir, la inmutable virtud de Dios y su eterna sabiduría a quien ciertamente consulta toda alma racional, pero que a cada quien se revela tanto cuanto puede captar según su buena o mala voluntad. Y si alguna vez se engaña, no es por error de la verdad consultada, como no es por error de la luz externa que los ojos corporales se engañen con frecuencia; confesamos consultar esta luz acerca de las cosas visibles para que nos las muestre en cuanto nos es posible verlas.»

²⁰ *Summ. theol.* III q. 14 a. 4c.

²¹ Cristo no «contrajo» esos defectos, pues son «contraídos» solamente cuando se incurre en ellos culpablemente a causa del pecado. Cfr. *Summ. theol.* III q. 14 a. 3c.

²² *Summ. theol.* III q. 14 a. 1c.

²³ *Summ. theol.* III q. 1 a. 1 ad 3um; *Summ. theol.* I q. 48 a. 5c.

Muchos errores se cometen actualmente en la psicología al no poder hacer tal distinción, pues no se llega a comprender que el desorden de la personalidad —si bien se acrecienta con la culpa personal— es también producto de la pena que padece el género humano por el pecado de Adán, que dejó heridas profundísimas en el psiquismo.

Santo Tomás citando al Damasceno, dice que Cristo asumió las «pasiones naturales no deformativas», o sea, naturales porque son aquellas que acompañan a toda naturaleza humana (muerte, hambre y otros sufrimientos) y no deformativas porque no implican ningún defecto ni de ciencia ni de gracia, como serían la ignorancia, la inclinación al mal y la dificultad para hacer el bien²⁴. Es por esto que Allers puede decir con toda certeza que neurosis y santidad son términos excluyentes, y que es el santo en quien se halla totalmente ordenada la personalidad, por la acción de la gracia.

Estudiar en profundidad estos aspectos de la Cristología analizados por Santo Tomás, iluminaría satisfactoriamente los grandes interrogantes sobre la etiología de los conflictos psicopatológicos y los caminos de resolución.

Que el alma de Cristo no asumió el pecado porque era perfecta para darnos ejemplo de virtud, es una verdad muy importante para plantear la legitimidad de las psicologías contemporáneas —especialmente el psicoanálisis— que, observando a los hombres en su estado arruinado, concluyen erróneamente que así son y así deben ser. El pecado no prueba la realidad de la naturaleza humana, ya que no es constitutivo de esa naturaleza que tiene a Dios por causa. El pecado violenta la naturaleza.

4. *La conformidad como principio de salud mental*

Siendo la voluntad la facultad más dañada por el pecado, es lógico según lo que venimos diciendo, que sea el tema en el que más yerran las psicologías actuales. Las «motivaciones» de las conductas humanas de las que se hablan comúnmente, no siempre reflejan el verdadero dinamismo que las origina y las dirige a su fin.

Hoy en día presenciamos una sobrevaloración del conocimiento (vivimos la cultura de la información, del saber técnico y científico) en detrimento de la voluntad. Esto encuentra su explicación, según el análisis de Santo Tomás, en que, si la comparación recae en el objeto, cuando éste es inferior al alma, el intelecto es una potencia más noble. Pero si la voluntad se sienta en el fin último, es más noble amar a Dios que conocerlo y a las cosas creadas más vale conocerlas que amarlas²⁵.

Esto indica que la cultura actual no tiene en cuenta el dinamismo más importante de la vida psíquica que es el de la caridad que hace que el hombre se despliegue plenamente dirigiéndose a su propio fin que es la felicidad.

La educación actual pone mucho énfasis en los contenidos técnicos y científicos, los idiomas, la computación, etc. pero parece haberse olvidado que el educando debe ser una buena persona y por lo tanto, feliz. Y aunque sea muy duro podríamos hacernos la siguiente pregunta: ¿tenemos niños y adolescentes felices en la época de los niños asesinos y de los adolescentes que viven la «cultura de la muerte»?

La voluntad en cuanto sigue el bien universal, mueve como agente las otras potencias del alma a sus actos²⁶. Debido a esto puede decirse que unifica las conductas dándoles un sentido determinado. Este es el verdadero «sentido de la vida». La personalidad dispersa, escindida, desintegrada, es claramente significativa de algún tipo de patología. Toda la persona se ordena y unifica por la caridad que nos pone en conexión con el único fin.

²⁴ *Summ. theol.* III q. 14 a. 4c.

²⁵ *Summ. theol.* I q. 82 a. 3c. Obsérvese que se refiere claramente a las cosas.

²⁶ *Summ. theol.* I q. 82 a. 4c.

En la personalidad de Cristo hay dos voluntades naturales y dos operaciones propias pero con un obrar personal único, pues cuando hay agentes que guardan un orden, el inferior es movido por el superior²⁷. La naturaleza humana de Cristo fue instrumento de su divinidad, siendo movida a través de su propia voluntad²⁸. Al igual que los santos la voluntad humana obedecía y se conformaba plenamente a la voluntad divina. Gozó Cristo del libre albedrío, pues su voluntad no sólo tendía al fin sino igualmente a la elección de los medios²⁹. También como los santos, podía elegir bienes concretos aunque estuviera confirmado en el bien.

Santo Tomás distingue una voluntad racional y una voluntad sensible que es «racional por participación» y que, por naturaleza debe obedecer a la razón³⁰. En Cristo incluso las operaciones naturales y corporales estaban sometidas a su voluntad pues quiso que «su carne obrase y padeciese conforme a su propia naturaleza»

Ciertamente el apetito sensible rechaza los sufrimientos, y sin embargo como la voluntad de Dios era que Cristo padeciese dolores, pasión y muerte (si bien no por sí mismas sino para la salvación de los hombres), Cristo con su voluntad como razón, quiso siempre que se cumpliera la voluntad del Padre. Así nos enseña cómo es una personalidad sana, es aquella que conforma plenamente su voluntad, a la de Dios. Con la voluntad racional, que es la que existe entre los amigos, pues

«[...] la razón considera el objeto querido en relación con la voluntad de su amigo»³¹.

Y es la gracia esta amistad, por la cual queremos conformarnos a Él, y padecer con Él por la salvación de los hombres. Es necesario pues, dejar de lado esas rebeldías y resentimientos interiores que destruyen la vida y nos apartan de la felicidad.

Rudolf Allers, este importante psiquiatra y educador vienés, dice así:

«En rigor, no hay más que un ideal: el sentido de la realidad, la entrega, el servicio. Como, bien mirado, no hay más que una virtud: la humilde voluntad de conformarse con la voluntad divina, y sólo un pecado: la rebeldía contra la voluntad de Dios»³².

Y refiriéndose a la soberbia que es la raíz de toda neurosis, dice más adelante:

«No se la puede reconocer en los aspectos bajo los que directamente se hace ver; se nos revela sólo en los efectos que provoca cierta postura íntima, escondida incluso para el mismo interesado. Su esencia consiste en absolutivizar la persona propia, en rebelarse contra todos los lazos; y como consecuencia ulterior: es un aislamiento, por lo menos un movimiento de distanciamiento de la realidad, sea en el dominio de la convivencia con el prójimo, en el trabajo, en el amor, o, por fin, en la relación para con Dios»³³.

Y así concluye que la educación tiene una difícil tarea: hallar un camino para que, sin destruir la vivencia del propio valor y de la sana autoestima, no desarrolle esa absolutización de la persona, que es la soberbia, y que es causa de los conflictos neuróticos. Este camino llega a su plenitud cuando pueda decirse: «no vivo yo, sino Cristo vive en mí»³⁴.

²⁷ *Summ. theol.* III q. 19 a. 1c.

²⁸ *Summ. theol.* III q. 18 a. 1c.

²⁹ *Summ. theol.* III q. 18 a. 4c.

³⁰ *Summ. theol.* III q. 18 a. 2c.

³¹ *Summ. theol.* III q. 18 a. 6c.

³² R. ALLERS, *Naturaleza y educación del carácter*, p. 213.

³³ *Ibid.*

³⁴ *Ibid.*

El desarrollo de la personalidad normal puede darse solamente viendo y asimilando a Cristo, conformando a Él nuestra mente, nuestros sentimientos, toda nuestra personalidad. Éste es el gran desafío para la educación del tercer milenio.

ZELMIRA SELIGMANN

Pontificia Universidad Católica Argentina
Santa María de los Buenos Aires.



IN MEMORIAM: DIEGO FRANCISCO PRÓ (1915-2000)

«El hombre —dice Platón en el *Critón*— no debe desear tanto el vivir como el vivir bien». Vivir conforme con el Bien..., en fin: ser bueno..., hacer que todo sea bueno.

Pró era un hombre bueno. Su figura retraída y tímida dimanaba recato, respeto, comprensión, diligencia, disposición, generosidad. Nada espectacular, se sumía en el silencio de su pensar dialogando consigo mismo: meditante antes que meditabundo, Pró sabía del hombre y su mundo, del mundo y sus avatares.

Sabía a la manera en que se alcanza el alma de las cosas animándolas en su propia alma. Sabía al modo de congeniar con el bien de todo lo que es. Sabía como saben los buenos: humilde en el pensar, agradecido con el ser.

De esa forma fue don de sí en todo y para todos según el universal. De allí que su obrar fue un servicio a los *trascendentalia*, una ofrenda al *Verum*, *Pulchrum* y *Bonum*, en y desde la condición de *homo viator ad Unum*.

El carácter viandante del vivir esboza su trayectoria en y por la educación y la historia. Por eso Pró comprometió aquella ofrenda de su ser y obrar con la formación espiritual en tanto docente en la Facultad de Humanidades de la Universidad Nacional de Tucumán, en el Instituto Nacional del Profesorado de Catamarca, en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional de Cuyo y a través de sus reflexiones con los trabajos de *Tres aspectos de la cultura* (1942), *Filosofía realista de la educación argentina* (1950), *La universidad y la unidad de la cultura* (1964), además de varios artículos, todo inspirado en la filosofía clásica.

Conocer de que la educación al paso que breva en la tradición va trazando un itinerario espiritual en orden a configurar una identidad, este chaqueño de nacimiento (4 de junio de 1915) y egresado del Instituto Nacional del Profesorado de Paraná (1939) procuró revivir la historia como cinceladora de lo genuino y propio. De ese modo supo rescatar, con su metodología de la división generacional, a hombres olvidados y a pensamientos que si universales no obstante autóctonos, que han sido y son por tal razón arquitectos de «lo nuestro». De eso son testimonio sus escritos sobre el pensar argentino: *Alberto Rougés* (1957), *Coriolano Alberini* (1960) *Rodolfo Mondolfo* (1967), *Historia del pensamiento filosófico argentino*, 3 vol. (1973-1980), *Dr. Juan Dalma* (1982), un segundo tomo sobre Juan Dalma y Mario Binetti, (actualmente en prensa en la Editorial de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional de Cuyo), además